

ELIGIENDO UNA BUENA MUERTE

• **Jorge Riestra: A VUELO DE PAJARO.** Centro Editor. Buenos Aires. 1972. 145 pp.

HABLAN desde lo que es el argentino del montón vivir su contingencia —su frustración— sin aspavientos, con algunas esperancitas a mano, aunque no mucho, y registrarlo todo con palabras que cualquiera reconoce, es decir: fidelidad, modestia y mirada limpia son virtudes que en Jorge Riestra no han de componer seguramente un narrador detonante, desde que no exhibe recursos que vayan más allá de esa disposición nada menos que honesta. En éste su quinto libro de narraciones tales cualidades se afirman en sí mismas, y lo mejor de todo es que, al acendrase, van logrando como sin quererlo una trascendencia, para la que no se abren otras vías que las que pasan por la sustancia misma de lo que va segregando en ese decir que no perdona

nada, que no se ilusiona con nada, embutido en lo cotidiano, entre gente aburrída a muerte. Se insinúa allí lo cómico, pero lo que sale es lo trágico, no por agudo menos punzante y conmovedor. En ese mundo corroído —y corrompido— en donde lo que pasa oscila entre lo divertido y lo desolador todos son, como corresponde, un poquito porquería, logreros, fallutos, o simplemente entregados; las cosas son así, qué se le va a hacer. Pero el relator tiende a desprejarse de lo relatado, a ver sus personajes como muñecos con un poquito de piedad que está a punto, eso sí, de secarse del todo, y sin permitirse nunca la sátira o la mordacidad. Todos —pobres— son —somos— víctimas, aunque se las den en algún caso de vencedores. Todos estamos perdidos; qué tristeza.

Cierran el volumen dos cuentos extensos, en los que como complementando un desarrollo que parece deliberado, surge, sin saberse desde don-

de, la protesta, un volcarse en la calle, noble aunque desabuchado de antemano, de los que no se someten. Mezclada aun en el penúltimo cuento con la comicidad y la incongruencia y diluyéndose al fin en la columna de los alienados. Y en "El fluir del tiempo", ya más pura, prologada por una larga y amarga reflexión del autor, un catálogo interminable de pesadumbres un balance que es al mismo tiempo un no va más, y que se cierra, otra vez, con la resistencia de una columna juvenil; pero ahora, también, con la muerte "la mejor posible", cerrando lo que no parece tener otra salida. Cumplirse muriendo, y hasta con cierta satisfacción: el autor no parece concebir otro desenlace. De aquellas reflexiones no podía esperarse otra cosa; el cuento —si puede llamarse así— tiene su lógica, irrefutable dentro de sus propias premisas. Y es en ese sentido de los que no se olvidan.

WASHINGTON LOCKHART

Viernes 16 de noviembre de 1973